

LA MONOTONÍA

Nicola Cuomo

La carta que propongo como reflexión para los colegas lectores se envió a la responsable pedagógica de una cooperativa de trabajo compuesta por niños/as definidos como “disminuidos” que habían asistido a la escuela obligatoria y/o cursos de formación profesional.

La situación de estos niños/as es a menudo problemática debido a la dificultad de integrarlos en el mundo laboral, por lo que, aun siendo perfectamente competentes, se ven obligados a pasar su tiempo o bien en casa o bien en estructuras protegidas, muy parecidas a aquellas “especiales” donde el trabajar no era otra cosa que un mero pretexto para pasar el tiempo haciendo cosas inútiles.

Esto sucede ya que después de la escuela los padres se encuentran con que no hay iniciativas adecuadas para sus hijos, encontrándose con profundos y mortificantes problemas que los llevan a sufrir la soledad de sus hijos/as.

Analizar, como en este caso, el riesgo de una experiencia de trabajo monótona, pobre en actividades significativas y estimulantes en el plano cognitivo, no quiere ser una posición estérilmente crítica, pero sí provocar una reflexión, sobre las recaídas extremadamente negativas que el vacío de proyectos después de la escuela obligatoria o de la escuela secundaria, pueden provocar para prevenirlas.

Como hemos sido capaces de conseguir mejorar muchísimo el nivel de las capacidades de estos chavales, debemos urgentemente potenciar una mejora de su calidad de vida.

Aún hoy, todavía, la persona definida como “disminuida” provoca análisis, reflexiones y proyectos que incluyen la importancia fundamental de los valores y de la ética junto a la constatación sobre lo adecuado de los recorridos educativos-didácticos, de la calidad de vida.

La cooperativa de la cual les estoy hablando fue fundada por un grupo de padres que buscaban llenar el vacío existente con el que se encontraron desde la Administración en cuanto a centros adecuados para sus hijos/as.

La carta que Yo envié a la responsable pedagógica, como ya he señalado anteriormente, quiere provocar una reflexión sobre la finalidad que debe tener el trabajo especialmente para las personas definidas como “disminuidas”.

La base de la que parto y que ha influenciado mi respuesta, se reconoce en aquellas orientaciones que consideran el trabajo para las personas definidas como “disminuidas” no como un mero itinerario productivo, sino como una permanente multiplicidad de ocasiones para integrar las competencias laborales con las capacidades sociales; fundamentales para una vida autónoma y para conseguir una auténtica integración sociocultural.

La autonomía y las capacidades necesarias para poderla adquirir no pueden ser de ninguna manera escindidas de las capacidades profesionales, si se quiere que estas últimas sean el presupuesto para determinar, consolidar y rendir permanentemente el proceso de integración que debe poder continuar también en el área laboral.

Después de un significativo número de observaciones, hechas por una colaboradora mía en la misma cooperativa, los datos obtenidos, analizados y discutidos nos llevaron a la conclusión que el contexto y la estructuración del trabajo era seguramente un riesgo para los chavales a causa de la organización aburrida y tediosa.

El trabajo era monótono, repetitivo, no dejaba espacio a la decisión, a la observación, a la comparación, a poder escoger; el grupo de los operarios, estaba formado por voluntarios, objetores y educadores que atrapados en la espiral de la rutina, a menudo sustituían a los chavales en la producción de la manufactura; la radio estaba encendida a todo volumen, los operarios hablándose a gritos entre ellos.

El trabajo consistía en encajar piezas simples, pero que al fragmentarlas habían perdido cualquier significado, eran, pues, objetos que se unían en un sin sentido, fragmentados sólo para ser encajados sin tener que pedir ayuda a nadie. Era pues, una actividad cuya finalidad no era tomar la iniciativa, responsabilidades, decisiones de esta, manera los chavales vivían pasivamente cuanto sucedía.

La experiencia de los chavales era un flujo homogéneo de tiempo, de acontecimientos donde una jornada era igual a las demás, donde las cosas se sucedían linealmente. Ayer, hoy, mañana eran todos por igual de manera que el presente se confundía con el pasado y con el futuro.

Se huía de esta prisión uniforme y monótona por un poco durante los descansos y en las ocasiones socializadoras –ya preestablecidas- en las cuales no se trabajaba.

Es interesante ver, según mi opinión, la definición, ya fuesen los padres o los educadores daban a esta monótona organización: “programa”.

El hacer siempre la misma cosa era vivida como tranquilizadora tanto por los padres como por los operarios, un sistema de seguridad que permitía creer que las jornadas serían siempre así de predecibles.

El trabajo de los chavales se podría comparar, por ejemplo, con los minutos marcados en la esfera de un reloj, siendo los operarios y los padres las agujas que giraban entorno a ellos, seguros y protectores. Seguros de encontrar los minutos, (los chavales) siempre de la misma manera.

Por medio de la responsable, (una educadora proporcionada y pagada por los padres) habíamos aconsejado a éstos (que habían sido los principales arquitectos del “programa”) de modificar el contexto, alternando los momentos productivos con actividades organizadas. En caso contrario, el bienestar de los chavales corría graves riesgos; restando, además, yo y mis colaboradores a su disposición para proporcionarles información e ideas operativas.

La respuesta fue que aceptarían el asesoramiento si éste se adhería a su “programa”.

La educadora en nuestro coloquio subrayó que era pagada por los padres y que por lo tanto debía hacer aquello que le pedían: mantener ocupados a los chavales en la cooperativa siguiendo “el programa”.

Dicha educadora también destacó que los padres veían en la cantidad de piezas realizadas, según las previsiones del “programa”, la verificación del trabajo de los operarios.

La producción, era por lo tanto, una forma de vigilancia de los padres hacia los operarios, pudiendo así comprobar que éstos hacían su trabajo.

El numero de las piezas ensambladas era como el ojo de los padres que observaba a los operarios mientras éstos trabajaban con sus hijos.

La rutina era como una forma de control (tal vez basada en una desconfianza producto de malas experiencias pasadas) que daba seguridad a los padres. Mediante la rutina se quería probablemente inducir a los operarios a trabajar con los chavales, controlarlos mediante el número de las piezas producidas, para evitar que no los tuvieran sin hacer nada en todo el día mientras ellos se dedicaban a conversar, fumar o leer el periódico...

Desgraciadamente, la demanda de debatir juntamente acerca de los riesgos no fue aceptada habiendo como consecuencia la suspensión del trabajo de colaboración.

Mi negativa a continuar según el “programa” de los padres fue precedida de la carta que sigue a continuación y que plantea una pregunta, la cual extiendo a los lectores de esta sección:

¿ Debe un operario (educador) aceptar cualquier modalidad de intervención educativa sólo porque le pagan y tiene necesidad de trabajar?.

¿Cuándo los “programas” son dados por un superior es imprescindible seguirlos acriticamente o la responsabilidad en el campo de la educación, como en otras profesiones, implica ya sea tanto la negación como la denuncia de todo aquello con lo que no estamos de acuerdo?.

LA CARTA

Apreciada colega.....

Con relación a los cerca de ocho encuentros para observar su cooperativa y las dos reuniones habidas en la universidad, le envío algunas reflexiones esperando que le sean útiles y les permitan mejorar su iniciativa.

En mi opinión, desde un punto de vista general, la necesidad de los chavales que trabajan en la cooperativa deberían ser aquellas que contemplasen contextos no monótonos, no repetitivos ni aburridos y sí, estimulantes, que propongan el trabajo (la producción) el cansancio en una dimensión placentera y gratificante en el plano de las relaciones.

Una dimensión que, sabemos perfectamente, no es fácil de realizar, pero absolutamente necesaria ya que la monotonía y el aburrimiento pueden determinar de modo especial un empeoramiento de las capacidades intelectuales y físicas.

La monotonía, la repetición, proponen una linealidad, una indiferencia que podría llegar a producir desorientación temporal, una confusión en el nivel de la memoria entre circunstancias y sucesos pasados, presentes y futuros; si a ello se une una escasa posibilidad de decidir, de organizar según un propio propósito original podríamos encontrarnos con un empeoramiento de la capacidad intencional, un no querer, un no desejar.

Recientes estudios sobre el envejecimiento atribuyen a la calidad de vida una gran parte de responsabilidad en el estado del bienestar psicofísico y vivir tener capacidad de decisión o con pocas ocasiones para hacerlo, sin poder elegir, sin poder proyectar, en suma, vivir en una rutina que no estimula los deseos puede producir un no desejar vivir, con todas las consecuencias en el plano psicosomático y relacional que influirían en el estado de salud comprometiendo una sana vejez.

Independientemente de las problemáticas de las personas definidas como “disminuidas” (que están, indudablemente, más sujetas a ser influenciadas en el modo de vida), todos nosotros estamos sujetos

a riesgos ambientales como el aburrimiento y la monotonía y necesitamos de “un estilo de vida” estimulante, con imprevistos, rico de intereses y activo, si no queremos envejecer precozmente y mal.

Envejecer mal, más que ser un riesgo existencial es un riesgo ligado a la salud que en el plano económico puede provocar un desequilibrio de gastos médico-asistencial-rehabilitativo que se comerían en los últimos años de nuestra vida los beneficios conseguidos en la edad productiva.

La palabra productividad (aunque se considera siempre de manera secundaria y subordinada al bienestar existencial) tiene una importancia fundamental en nuestra vida, en cuanto los recursos económicos convergen de modo fundamental en la creación de contextos en los cuales la vida viene valorada desde el plano de la calidad.

La relación coste/beneficio está entre los componentes que vienen considerados para valorar intervenciones, experiencias y proyectos.

En mi opinión el trabajo para los chavales de la cooperativa se considera productivo cuando se tiene en cuenta o bien la producción de la manufactura o bien el proponer ocasiones, situaciones, recorridos dirigidos a contrastar los posibles riesgos ambientales que un cierto tipo de organización laboral puede determinar. Resultaría poco coherente sino dijésemos que si medimos la productividad mediante la cantidad de productos y no la correlacionamos y valoramos conjuntamente con los resultados negativos causados por la monotonía y la ausencia de sentido en los productos manufacturados, estaríamos olvidando decir que precisamente éstos pueden ser la antecámara o una de las principales causas de envejecimiento precoz.

Los riesgos que subrayamos anteriormente no excluyen un trabajar de manera productiva, al contrario, proponemos una ampliación de la productividad analizándola, no desde un punto de vista limitado sino desde un punto de vista más amplio del sistema socioeconómico.

Además, no es en la calidad de los productos manufacturados que rinde productiva una empresa, sino que lo es en su organización, en su flexibilidad, en la calidad del producto o en el tiempo de producción pero no dejando en último lugar la salud del trabajador.

La productividad viene considerada en el sistema complejo en el cual se realiza, de otro modo, si se analiza de manera fragmentaria se pueden realizar valoraciones erróneas y desviadas. Si se considera la productividad (como en nuestro caso) sólo relativamente al número de la facturación, tal análisis parcial del sistema puede hacer emergir un activo, pero si ampliamos el análisis, como debe correctamente hacerse, al sistema económico y lo comparamos con los gastos que el trabajo inadecuado produce en el ámbito de la salud, descubrimos que estas últimas son muy superiores a los beneficios obtenidos.

La finalidad de esta carta es la de hacerles ver algunos de los posibles riesgos, subrayando que nuestro ámbito de investigación propone una análisis compleja, global, contextualizada de manera que los diversos ámbitos así como las diversas variables a tener en cuenta para poder orientar correctamente la cooperativa son múltiples y variados.

Además, queremos destacar que la edad adulta de los chavales podría hacernos pensar que no es posible realizar aprendizajes relativos a la autonomía, la socialización o las capacidades cognitivas, lo cual no es verdad: al contrario, las posibilidades de intervención en el ámbito educativo, médico y rehabilitativo son múltiples ya sea para impedir un “empeoramiento” como para ampliar los recursos de los chavales.

Por lo tanto, desde mi punto de vista, es necesario desarrollar y potenciar aquellas circunstancias e ocasiones que permitan romper con el riesgo de una monotonía que, llevando a un entumecimiento de la situación laboral contribuiría a acelerar un entumecimiento psicofísico que podría producir la aceleración del envejecimiento de aquella simptomatología que podríamos percibir como una disminución de la autonomía.

Fundamentalmente, aconsejo de iniciar (aunque temporalmente limitado) a experimentar en jornadas bien planificadas la posibilidad de cambio de contexto en modo de poder valorar la eficacia.

Estos cambios deberán tener en cuenta la estimulación cognitiva y la implicación en el ámbito de tomas de decisiones por parte de los chavales lo cual significa hacerles reflexionar acerca del tiempo, del espacio y su significado así como sobre el uso del dinero, es también trabajar las relaciones sociales ya sean internas como externas al grupo.

Para pasar todo esto al plano operativo se podría (naturalmente, el proyecto debería ser definido y puntualizado) organizar una vez al mes un laboratorio de dos días del tipo: “produczamos una película”. El organizar como hacer una película propone innumerables ocasiones que permitirían potenciar a los chavales en el plano cognitivo, ya sea para sostener como incrementar sus recursos en el ámbito del lenguaje, de la memoria, de la atención, de la autonomía, etc... a nivel general. Tal proyecto tendría lugar relacionando dos contextos: casa (por lo tanto, sería necesario implicar a los padres) y trabajo (los beneficios cognitivos de este espacio experimental deberían traducirse en una mayor capacidad laboral).

Concluyendo: resultaría necesario un proyecto que proponga un profundo cambio estructural del contexto, de las relaciones, que ponga en marcha hipótesis de trabajo dirigidas a eliminar la monotonía.

Esperando de haberles proporcionado otros puntos de vista para orientar su trabajo, les saludo atentamente.

El responsable

Prof. Nicola Cuomo